

a las dificultades correspondientes con Roma, por semejante problema que había que manejar con guante de seda.

banquete donde se oyó decir: "Fue más portuario el radical que el obispo".

Punto y Aparte

Los buenos del paseo

Margarita Inés Restrepo Santa María

No lo dude. Buenos tienen que ser los gringos de las películas sobre la Segunda Guerra Mundial. Buenos, con certeza, son los personajes y luchas símbolo de los dueños de tierra, de los poderosos, en las películas de los vaqueros. Buenas, también, Caperucita Roja y Blanca Nieves. Buenos, los espías de Occidente, los patronos, los maestros, los maridos ocupados, los terroristas -de acción o presión- que no estén matriculados en el mundo árabe y los intereses que mueven a la raza humana por la conquista del espacio.

Eso de "malos" es para los alemanes, para indios y conquistadores anónimos y nómadas del oeste. Para reinas envidiosas, lobos, espías rusos, empleados, estudiantes, acciones terroristas árabes, amas de casa descuidadas. Y, claro, eso de malo, va también para los 'temibles' extraterrestres.

Desde la infancia y por sécula seculorum nos acostumbramos a convivir con estereotipos de malos y buenos. Estereotipos que cambian de una cultura a otra. Estereotipos que tienden a unir el concepto de bondad con el de autoridad y poder; y a confundir la maldad, con el mundo de los subalternos y la dependencia.

En los últimos años, con énfasis después de que rodó una cabeza de gobierno en tierras de Tío Sam, otro estereotipo de "ser bueno" lucha desesperadamente por sumarse al plato. "Ser periodista: ser bueno".

Porque resulta que ya los periodistas tenemos todos los atributos de jueces rectos, insobornables, implacables y, por supuesto,

infallibles. Nos encargamos de promover, activar, subir, sostener, adornar con virtudes, personas y situaciones. A los mismos que, cuando dejan de jugar en el mismo equipo, o se niegan a hacerlo, también dejamos caer. Antes de que los jueces den el veredicto, una voz radial, una frase escrita, una imagen de televisión ya ha pronunciado una condena. Culpables, hasta que demuestren lo contrario.

Pues sí. Periodistas. Otros que queremos ingresar, con marquilla patentada, al mundo de los buenos del paseo. Con todos los derechos -más que cualquier ciudadano de 'esos' que hace fila, espera el turno, tiene tropiezos, paga pasajes, comidas e impuestos-. Y, eso sí, con la pretensión de menos deberes. Periodistas. Intocables, organizados en pequeñas mafias que deciden qué tema, qué personaje, qué estilo tienen status. Pequeñas mafias con esquemas de una sociedad de mutuo elogio. Grupos que, al igual que cualquier grupo humano, tienen sus propios intereses. Intereses que, de alguna forma, algún día, hacen callar o hacen hablar, cuando conviene, y no necesariamente con base en un compromiso con el bien de la comunidad.

Periodistas. Nos cubrimos los unos a los otros, pero no nos engañamos. Intocables, pero vulnerables, en extremo. Cuando a alguien se le ocurra hacer un juicio histórico de responsabilidades sobre nuestro papel en la situación del mundo y del país. Cuando a alguien se le ocurra contar y enumerar daños y perjuicios de los medios, a individuos, grupos y familias. Vulnerables, cuando a alguien se le ocurra sacar al sol, todos los trapitos de todos los periodistas -con beneficio de inventario-. Cuando otro sea el juez.

Periodistas. Otro estereotipo de "los buenos del paseo". Al lado de Blanca Nieves y de Caperucita Roja y... colorín colorado...

Si tu quieres